

PQ7297
C77
1889
V.12



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CAPÍTULO I.

ISOLINA HACE SU PRIMERA SALIDA
DE FIGURANTE.

COMO una compañía dramática que tiene burros propios está siempre, como hemos dicho ya, con el pie en el estribo, no sorprenderá al lector benévolo que desde San Luís Potosí nos traslademos á Toluca; máxime si el salto tiene el piadoso fin de no fatigar la atención, ni agotar la paciencia de quien nos lea, con la descripción de un nuevo viaje.

Después de mil trabajos y contratiempos, Pico é Isolina llegaron á Toluca para for-

AD. JUAN ANTONIO GONZALEZ
MEXICO, JUNIO DE 1889

mar compañía bajo los auspicios de un señor empresario y actor que, como Romero del Campo, había recorrido casi todos los campos de la República.

Isolina encontró la ocasión propicia para ayudar al pobre de Pico en su precaria situación, y se contrató en la compañía.

El empresario no conocía á Isolina; pero puso su nombre en los programas contando con una figurante más.

Pico llegó al mesón donde lo esperaba Isolina, llevándole un traje de aldeana.

Desdoblaron entre ambos aquellas ropas ajadas, sucias y mal pergeñadas; é Isolina vió con tristeza aquellos extraños atavíos por el extraño contraste que hacían con la disposición de su espíritu.

Aquello era su primer sacrificio: engalanarse es grato siempre á la mujer, y suele ser esto hasta un lenitivo á sus dolores; pero verse obligada á ataviarse con un adefesio ó con un vestido ridículo, es, y ha sido siempre, el más penoso de los sacrificios para la mujer.

Isolina comprendía que aquellas ropas abigarradas le estarían muy mal, que á su palidez y á las hondas huellas de sufrimiento que habían alterado su semblante cuadrarían mal aquellos atavíos, y resultaría del conjunto la más grotesca y repugnante de las figuras.

Todo esto lo pensaba Isolina, en silencio por no disgustar á Pico, y se propuso al fin arreglar aquellos vestidos lo mejor que le fuera posible.

Cuando Pico volvió á salir de la habitación, Isolina se dedicó á arreglar su traje.

—¡Qué extraña es esta época de mi vida en la que voy á entrar disfrazada con estos atavíos! no parece sino que el mundo es una gran comedia en la que es preciso aceptar un papel, aun cuando éste no esté en armonía con nuestros sentimientos. ¡Qué hemos de hacer! repetía Isolina suspirando sin abandonar su trabajo; al menos en el fondo de mi conciencia, no se levanta la carcoma de las malas acciones; yo no he querido ser mala, he preferido el tormento

y lo he sufrido estoicamente; esto me da valor para seguir luchando; Dios me protegerá.

Se acercaba el día de la función, Pico como no era más que el apuntador no tenía cuarto de vestirse en el foro, é Isolina debía vestirse en unión de las demás figurantes en un cuarto destinado para todas.

—Estamos mal, dijo Pico entrando, todos los cuartos están ocupados y no he podido conseguir uno para usted, Isolina; pero no hay que afligirse por eso, aquí se vestirá usted y cubierta convenientemente nos pasaremos al teatro.

—Está bien, dijo Isolina, tanto más cuanto que no sé lo que se debe hacer en estos casos.

—No tenga usted cuidado, yo seré su mentor, pues aunque en materia de teatro no creo saber tanto como mi grande y buen amigo Romerote, no por eso nos quedaremos sin saber qué hacer, y en tanto lo permita el pudor y se concilie con el respeto que á usted le profesó, concurriré á su *toilette*.

—¿Ya será hora?

—Sí, comenzaremos desde luego para tener tiempo de sobra.

Y diciendo esto Pico, sacó de un bulto que traía debajo del brazo, dos velas de estearina; las encendió, las colocó en dos botellas, y las puso á los lados de un pequeño espejo que iba á ser el tocador de Isolina; extendió una toalla sobre la mesa que estaba bajo el espejo, sacó su estuche de teatro que consistía en una caja con corchos quemados, pinceles, esponja, colorete, *crepé*, *goma*, alfileres, agujas y otras muchas menudencias.

—He ahí el tocador, querida Isolina, aquí están los útiles del arte; dentro de esta caja está la belleza de los artistas, y mientras el mundo viva de ilusiones y el público quede satisfecho con las apariencias, no hay miedo de parecer feo, trigüeño ó descolorido: figurones he visto convertirse en Adonis con solo la ayuda de este estuche misterioso; mire usted, Isolina, esto se llama toalla de Vénus, esta es una de las drogas

más asombrosas de la edad presente; con esta toalla, todas las mujeres son hermosas, y si ya lo son como usted, Isolina, ganan de todos modos.

—Pero yo ignoro la manera de usarla.

—Es muy sencillo.... ó mejor dicho, agregó Pico con cierta emoción, si usted quiere que yo....

—Al menos la primera lección.

—¡Ah!... bueno, entonces la dejo á usted en libertad para hacer su *toilette* ordinario y después....

—Me acabo de lavar la cara.

—Entonces procedamos.

Y Pico, temblando á su pesar, pasó suavemente por la cara de Isolina la esponja impregnada de blanco.

Al través del albayalde asomaba el rubor de Isolina, y mientras cerraba los ojos, Pico la contemplaba con avidez.

En poco tiempo Isolina estuvo transformada y el mismo Pico se quedó abismado al contemplar tanta belleza.

Isolina tenía una estatura mediana, pero

no pertenecía al gremio de las mujeres raquílicas y de angulosas formas; al contrario, Isolina era mórbida, con esa redondez de formas que sabe resistir á los embates del tiempo, que subsiste aún á pesar del enflaquecimiento.

Isolina tenía una cabellera magnífica y había acertado, después de algunas indicaciones de Pico, á peinarla de una manera graciosa y elegante; y como al emblanquecer el cútis se habían revelado más claramente las líneas de su rostro, la belleza de Isolina se había puesto de manifiesto una vez más á los ojos de Pico.

Las tintas rosadas que habían huído ya como para siempre, habían vuelto con el poder del afeite; la sombra de los párpados, esa sombra violada de que se rodean los ojos cuando se han derramado lágrimas por largo tiempo, había desaparecido, é Isolina aparecía rejuvenecida, rozagante y seductora.

Las ropas con que se había engalanado, se habían reformado también; el corpiño

de terciopelo ajustaba el talle sin dejar pliegues ni fruncimientos; la enagua se plegaba naturalmente y caía con gracia, los encajes y los lazos estaban arreglados y limpios; y en todo, en fin, se notaba ese esmero prolijo, esa perfección de que están tan lejos las pobres figurantes destinadas por su propia incuria, y por su triste suerte, á ser el blanco de las sátiras del público.

La misma Isolina leyó en su espejo no sabemos qué halagos á su vanidad que se despertaba; y algunos de esos genios traviosos que velan en el retrete de las mujeres y recogen sus más íntimas confidencias; alguno de esos genios, decimos, acababa de dibujar una sonrisa en los labios de Isolina, sonrisa que en el teatro es esa gota de *copal* que las floristas colocan sobre uno de los pétalos de la rosa que les pareció más bien acabada; pero en Isolina era la gota de rocío que la aurora deposita en la flor que acaba de abrirse; esa gota llamada aljófara, perla, brillante y no sabemos cuantas cosas más por los poetas, capaces siempre de dar-

les tales nombres á las cosas, al grado de que ni las mismas cosas llegarán un día á conocerse por sus nombres.

Pico estaba arrobado, estático, con un mundo en la cabeza y otro en el corazón. Pico estaba recordando todo lo que había hecho por aquella mujer, y todo le parecía poco y ¡cosa rara! el amor de Pico había subido en grados como el termómetro expuesto al sol.

Tal es el prestigio de lo bello, que á falta de lo bello en la verdad, única parte donde se le encuentra, según Boileau, el hombre tiene una facilidad asombrosa para conformarse con lo bello en la mentira.

Testigo de este aserto era Pico, cuyo amor había crecido merced á un poco de albayalde y de colorete y á un mal traje de guardarropía.

Isolina se cubrió de nuevo con su traje ordinario y salió con Pico con dirección al teatro.

—Falta una figurante! estaba diciendo el segundo apunte.

—Es la mujer de Pico, gritó una aldeana con voz chillona.

—¿No la conoce usted? preguntó otra figurante.

—No.

—Pues yo sí, ya la verá usted, no es fea pero nunca ha salido al teatro.

—¿No es la mujer del apuntador?

—Yo no sé si será su mujer; me lo supongo porque no me gusta quitar créditos, pero ello es que se da mucho tono.

—¿Es posible?

—Figúrese usted que no quiso venir á vestirse con nosotras.

—¿No quiso confundirse? ¡Adios! si será alguna marquesa!

—Como si nosotros no fuésemos tan honradas como cualquiera.

—Pues ya se vé.

—No que porque una es del teatro, ya todos creen... ¡Ave María Purísima! como si no fuera una capaz de ser buena cuando quiere, aunque sea en un cuartel.

—Ya se vé.

—Percances del oficio; si le digo á usted, compañera, que solo porque pagan tan mal la costura me he metido á cómica.

—Y yo también, figúreme usted, abandonada por mi marido; porque yo soy casada.

—¿Sí?

—Y con dos niños de mis pecados que me dan una guerra.....

—¿Y donde se habrá vestido esa señora?

—En su casa.

—¡Jesús! qué pudor tan raro!

—Que quiere usted! nos tendrá horror.

—Pensará que somos animales raros.

—Déjela usted que venga y verá usted.

—Allí viene.

—¿Con Pico?

—Sí.

Pico efectivamente llegaba con Isolina.

—Recomiendo á usted mucho esta señora, comadre, dijo Pico dirigiéndose á una vieja.

—Compadrito, ¿qué anda usted haciendo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTEREY, MEXICO

—Aquí tiene usted esta señora que recomiendo á usted mucho; tenga usted la bondad de no abandonarla y de decirla lo que debe hacer en la escena.

—Está bien, compadre, será usted servido.

Pico tenía ya que bajar á la *concha*; Isolina se quedó en poder de la vieja que también estaba vestida de aldeana.

Un murmullo sordo, como el de un emjambre, se levantó entre las figurantes apenas se hubo separado Pico.

—Venga usted, mi alma, dijo á Isolina la vieja aldeana y la introdujo al cuarto del vestuario. ¿Ya viene usted vestida, no? hizo usted muy bien, porque esto está muy incómodo para ocho; pero paciencia, los mejores cuartos son para las actrices; como si nosotras por ser coristas y partes de por medio no fuéramos mujeres!

—Si le digo á usted, dijo otra aldeana, que el día menos pensado nos obligan á vestirnos en el cuarto de los mites.

—¡Dios nos libre!

—Pues solo eso nos falta.

—Le ayudaré á usted, mi alma, dijo la comadre de Pico; ¿cómo es su nombre de usted, mi vida?

—Isolina.

—¡Ah! Isolina, qué bonito nombre!

—Se llama Isolina, dijo una aldeana á otra, y de una en una lo supieron todas.

—¡Isolina! ¿y ustedes lo creen?

—Yo la verdad no.

—Yo he conocido personas que para entrar á la carrera se quitan el nombre, como si el teatro fuera una cosa deshonrosa.

—Cabal! y sin ir muy lejos, la primera dama de esta compañía no se llama como dice.

—¿No?

—Yo les contaré la historia.

Entretanto la comadre de Pico había despojado á Isolina de sus ropas exteriores.

—Este vestido no es del guardaropa, le dijo la comadre inmediatamente que vió á Isolina vestida de aldeana.

—Sí señora, es del guardaropa, sino que yo lo arreglé, casi lo hice de nuevo.

—Ya se vé, pues hizo usted muy mal.

—¿Por qué? preguntó Isolina sobresaltada.

—En primer lugar, porque no es bueno singularizarse, porque cuando la vean á usted las demás, van á poner el grito en el cielo al considerarse menos que usted; y en segundo lugar, que al director no sé si le gustará que le cambien sus vestidos.

—Pero en todo caso, dijo Isolina, yo no he hecho más que arreglarlo.

—Sí, pero de un modo tal que parece otro; en fin, ya verá usted lo que son nuestras compañeras.

Llegó hasta Isolina un gran rumor que no pudo comprender, y se estremeció.

—Es que levantaron el telón, dijo la comadre.

Isolina se puso á temblar.

—No hay que tener miedo, mi alma, es necesario acostumbrarse; yo también temblaba antes; pero hoy ¡si viera usted con cuanta serenidad aguanto los ceceos!

—¿Los qué? preguntó Isolina.

—Los ceceos y las burlas, porque ha de saber usted que nosotras, (y usted también,) formamos un cuerpo, que en lo general es el punto débil de toda compañía; por buenas que sean nuestras compañeras, son tan feas y tan ridículas, que ya es una cosa sabida que no pasamos, así podíamos no hacer más que presentarnos, porque los cócoras parece que no tienen otra cosa de qué burlarse más que de nosotras.

Isolina había salido del cuarto y esperaba detrás de un bastidor la hora de su salida; pero sin separarse de la comadre de Pico.

Ya habían pasado algunas escenas, é Isolina se consolaba de que el tiempo fuera pasando sin llegar el momento de presentarse; pero de pronto sintió en el hombro una mano grosera, y oyó muy cerca de sí una voz aguardientosa y brusca que le dijo: —¡Fuera, fuera todas!

Las figurantes se precipitaron entre dos bastidores, é Isolina tuvo que salir.

Formáronse en ala; movimiento único que han aprendido todos los comparsas desde tiempo inmemorial, y que siguen ejecutando invariablemente á pesar de la propiedad escénica y del sentido común.

Isolina estaba deslumbrada y no se atrevía á fijar la vista en el público; se había quedado un poco atrás, pero sus compañeras la hicieron salir, aunque no de una manera muy cortés.

—¡Adios! le dijo la más próxima, salga usted al frente; ¿ó cree usted que le pagan para quedarse atrás?

—Mira qué egoista es la nueva; cómo se esconde.

—¡Pobre!

—¿Pobre? pobres de nosotras que somos las que estamos al frente; mira como se rien los de aquella banca.

—Que empujen á la nueva, dijo una.

—Que la empujen, dijo la que seguía.

—Que salga usted, señora, le dijo otra á Isolina.

Isolina se colocó en el lugar en que le

tocaba, y creyó percibir cierto rumor entre los concurrentes.

Efectivamente, aquel rumor se había levantado, pero era de admiración.

—¿Quién es aquélla?

—Una figurante nueva.

—¡Hola, hola! dijo un viejo concurrente; aquel trozo de carne me parece de contrabando.

—¡Es hermosísima! exclamó otro.

—¿Ya vió usted á la figurante?

—¿Cuál?

—La tercera.

—¡Hombre! ¿pero quién es?

—No sé.

—¿Es alguna actriz que ha tenido la humorada de salir de comparsa?

—Vale más que todas.

—Inclusas las damas principales.

Estas eran las palabras que se oían por todo el teatro.

Al caer el telón entraron al foro más de veinte personas, con el exclusivo objeto de ver de cerca á Isolina.

Pico desde la concha había previsto esto; pero por más que se apresuró á salir, cuando llegó al cuarto de las figurantes se lo encontró invadido por cuatro individuos.

Uno de ellos, el más intrépido, había tomado un asiento junto á Isolina.

Pico se acercó lo más que pudo.

La persona que hablaba con Isolina, era un joven que pasaba por el más calavera de la ciudad.

—¿Es usted nueva en la compañía? le estaba diciendo.

—Sí, señor, le contestó Isolina.

—¿Cómo se llama usted?

—Isolina.

—¡Qué lindo nombre! ya se vé; una mujer tan hermosa como usted, no podía menos que tener un nombre tan simpático.

—¿Conque Isolina?

—Sí, señor.

—Y dónde vive usted?

—En mi casa, contestó Pico mirando fi-

jamente al personaje, quien á su vez se cortó y se quedó viendo á Pico; pero reponiéndose bien pronto exclamó:

—¡Ah, muy bien! y volvió á emprender la conversación con Isolina.

—¿Y le gusta á usted el teatro?

Isolina no contestó porque estaba viendo venir una tempestad.

Otros tres caballeros se habían acercado para formar coro al rededor de Isolina.

—¡Mira qué brazos! dijo recio uno de aquellos calaveras, que no se atrevió á dirigirle la palabra á Isolina.

—¡Y qué pié! dijo otro.

—¡Y qué pecho! dijo el tercero, lanzando un grotesco suspiro.

—¡Caballeros! dijo Pico incomodado, ¿tienen ustedes la bondad de retirarse? éste es el cuarto de las señoras y lo han invadido ustedes sin consideración alguna.

—¿Quien es ese que nos regaña? dijo un valiente.

—Yo, contestó Pico levantando la cabeza, irguiéndose lo más que pudo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1915 MONTREY, N.P.M.